

Conductismo y control social: utopías y distopías de posguerra.

Andrea Corcasi y Santiago Garcia Cernaz.

Cita:

Andrea Corcasi y Santiago Garcia Cernaz (Agosto, 2013). *Conductismo y control social: utopías y distopías de posguerra*. 2013 World Mental Health Congress of the World Federation of Mental Health. World Federation of Mental Health, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/santiago.garcia.cernaz/10>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p78y/a03>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Conductismo y control social: utopías y distopías de posguerra

Corcasi, Andrea
García Cernaz Santiago

Introducción

En el presente trabajo nos proponemos establecer un diálogo entre la psicología conductista de Watson y Skinner y el control social, problematizado desde la literatura de ficción distópica de posguerra. Para el análisis de esta rama de las ciencias “psi” nos centraremos principalmente en la obra de ficción utópica *Walden Dos* de Skinner, en la cual imagina una sociedad perfectamente planificada desde los principios del conductismo, en donde todos son libres y felices. Realizaremos un paralelismo entre dicha novela y las obras distópicas *1984* de Orwell y *Un Mundo Feliz* de Huxley, con el fin de visibilizar las consecuencias nefastas que puede ocasionar la aplicación estricta de una tecnología de la conducta en el cuerpo social.

El objetivo es pensar el conductismo como una tecnología de poder que aspira a un ideal de control social, ideal que aparece como una distopía en la literatura de la época y que permite abrir interrogantes en torno a la concepción de salud y enfermedad y al rol ético de los trabajadores del área de salud mental.

El término *utopía* fue acuñado por Tomás Moro, abanderado inglés de la modernidad en los márgenes del medioevo, que en su obra homónima de 1616 realiza una crítica de la sociedad cristiana de aquel entonces y construye un mundo imaginario en donde existe una sociedad ideal, autosuficiente, sin desigualdad ni propiedad privada, organizada de manera tal que todos sus habitantes son felices (Franco, 2008).

Utopía es un neologismo que surge de la conjunción del griego “*topos*” que significa “lugar” y del prefijo “*ou*” que denota negación, por lo cual está aludiendo a un no lugar, un lugar que no existe, que no está en ninguna parte. Pero además, dada la homofonía con el prefijo “*eu*”, que denota distintos atributos positivos como próspero, ideal, óptimo, el término sugiere que se trata de un no-lugar ideal, un lugar feliz que no está en ninguna parte (Alonso y cols., 2005).

La utopía, género fundado por este pensador inglés, será una gran herramienta tanto literaria como retórica, para la expresión de numerosos pensadores posteriores, verbigracia, Bacon en *La*

nueva Atlántida (Núñez Ledezveze, 1985), o las utopías socialistas de fines de siglo XIX, entre otras. Si bien retoma el legado de la *República de filósofos* de Platón (Franco, 2008), la utopía, en tanto género, es eminentemente moderna, en cuanto enarbola el uso de la Razón, de la introducción de un ordenamiento racional en el caos de la naturaleza, para la creación de una sociedad formalmente perfecta, sin conflictos, que impulse a la humanidad en los rieles del *progreso*. La utopía, así, constituirá un modelo ideal, una imagen de la ciudad ideal, como horizonte de las realizaciones concretas de los reformadores, en plena construcción de los estados-nación modernos (Núñez Ledezveze, 1985). La ciencia jugará un papel fundamental en el pensamiento utópico, como uno de los motores principales de la racionalización de la vida social que llevará al tan ansiado progreso: “la ciencia os hará felices” (López Keller, 1991)

De este modo, el pensamiento utópico guardará este doble carácter: por un lado, la crítica o denuncia de las deficiencias de la realidad social vigente y, por otro, la imaginación de una sociedad posible que corregiría estas falencias presentes en la sociedad actual para construir un mundo feliz (Alonso y cols., 2005). En este sentido, se puede afirmar que implica una gran dosis de confianza en que las capacidades humanas pueden realizar el ideal de perfección, confianza firmemente afianzada luego de la Revolución Francesa, la que sugirió que “el curso de los acontecimientos humanos podía ser dirigido a voluntad” (López Keller, 1991, p. 9) y ya no dependían de un rey o un Dios.

Bajo los ideales modernos de “progreso”, parecía no haber límite para el avance de la ciencia y el crecimiento de la industria, situación que se modificó rotundamente durante la primera mitad del siglo XX. Las dos Guerras Mundiales y la crisis del 30’ mostraron al mundo las atrocidades y la miseria que pueden llegar a vivirse bajo ese orden “progresista” del capitalismo (Franco, 2008)

La caída de los valores predominantes de la modernidad, producto de las contradicciones implícitas al proyecto ilustrado, constituyó el telón de fondo de lo que podemos llamar la decadencia de los relatos utópicos. Asimismo la Revolución Rusa del ‘17, que llevó el socialismo utópico a un socialismo real (Núñez Ledezveze, 1985), instauró un nuevo orden social que pronto se convertiría en un régimen totalitario de control social, proceso que para muchos intelectuales de la época constituyó un fracaso de esta utopía (de Llorens, en Huxley, 1985).

En este contexto de guerras mundiales, donde se estaban desarrollando poderosos gobiernos totalitarios en numerosos países, el utopismo comenzó a debilitarse y la imaginación del hombre acerca de su futuro se hizo más sombría. Se da la aparición de una nueva forma de relato, tributaria del utopismo y expresión de su decadencia: la distopía, o también llamadas anti-utopías, contra-utopías, utopías negativas o de advertencia (Alonso y cols., 2005). Aquí el neo-logismo, tal como

sugiere el sufijo “*dys*” cuyo significado es malo, penoso, difícil, denota un lugar aciago (opuesto a *eutopía*) que, al constituirse como antónimo de utopía, se asocia con la idea de inexistencia, de irrealidad.

La distopía comparte con la utopía el doble carácter crítico e imaginativo pero se diferencia en que, además de proyectar un escenario social sombrío y angustiante, la razón distópica parte de ciertos indicios presentes en la existencia social real que son radicalizados hasta el paroxismo, hasta sus últimas consecuencias, para dar cuenta, advertir a los espectadores, de un mundo posible que puede advenir real en el futuro próximo (Cabrera García, S/F). A diferencia de la razón distópica, “*la razón utópica [...] combina la especulación, ya no con experiencias verificables, sino con los deseos, con la idea de felicidad o de un mundo mejor, desestimando las condiciones objetivas que impiden su realización. De este modo, la utopía se muestra como una radicalización del deber ser, o sea, de un tipo de normativismo que reposa enteramente en la imaginación esperanzadora y en el narcisismo moral*” (Cabrera García, S/F, pp.86). Esto es lo esencial de la distopía, que parte de ciertos aspectos de la realidad social, ya existentes y los radicaliza para visibilizarlos, inmanencia ausente en la utopía.

A pesar de estas diferencias fundamentales, hay autores que sostienen que utopía y distopía no son sino dos caras de una misma moneda, o mejor aún dos partes de un mismo proceso. De este modo, un proyecto utópico, a-histórico, de perfeccionamiento social se convierte en un método de control social cuando se historiza en el relato distópico, en tanto éste parte de la extrapolación de indicios ya existentes en la realidad social vigente. La utopía contiene en sí el germen de la distopía, dado que “*la realización práctica de la posibilidad utópica convierte el prius hedonista de la felicidad social, que actuaba como justificación abstracta [...], en un posterius, en el que la disciplina pierde toda justificación que no sea su propia permanencia como fuente generadora del sistema*” (Núñez Ledevze, 1985, p. 51).

En el ámbito de la psicología, John Broadus Watson escribió, en 1929 en una revista de interés general, un artículo que, si bien a simple vista no parece de gran relevancia, deja entrever el mundo ideal al que aspiraba con la aplicación de una tecnología conductual, especialmente en el seno de la familia moderna con el fin de lograr una verdadera felicidad. (Watson; 2009)

Su Utopía se concreta como un país con una cantidad limitada de ciudadanos, con igual cantidad de mujeres que de hombres. Lo más notable de este universo es el modo en que se lleva a cabo la educación de los niños, puesto que no son criados por su familia biológica, sino que viven cuatro semanas en cada uno de los hogares de la comuna “porque hay poca oportunidad de que en este trecho de tiempo cualquier hogar pueda condicionarlo indeleble y excesivamente. Las fijaciones de la madre no se desarrollan (para la madre o para el niño). Los celos no tienen tiempo

de crecer. La dependencia entre los individuos no es posible (...)” (Watson; 2009, 197). De este modo se evita la adquisición de malos hábitos y el origen de conductas que pudiesen ser perjudiciales para el bienestar común. Se podría decir que los “niños felices” a los que aspira el autor, son niños independientes e individualistas, física y psíquicamente sanos, fuertes y trabajadores. Aquellos que salgan de este canon son tratados por los médicos, siendo estos médicos conductistas entrenados para: curar las dolencias físicas, re-condicionar a los individuos con mala conducta y dar muerte en casos de debilidad mental, locura, idiotismo o gordura.

Watson no fue el único psicólogo que escribió una sociedad utópica edificada en su ideal científico. Skinner, basándose en el ensayo *Walden* de David Henry Thoreau (1854), escribió *Walden Dos* (1948); novela donde relata minuciosamente la posibilidad de planificar una cultura en función del control conductual, donde los individuos no tuviesen que padecer los problemas del mundo moderno y pudiesen gozar de una felicidad plena.

La novela *Walden Dos* se centra en la construcción de una pequeña comuna de no más de mil habitantes, ubicada en la periferia de las grandes ciudades. En ella todo es extraordinariamente perfecto, no hay enfermedades, el trabajo pesado y desgastante es inexistente, los individuos gozan plenamente del tiempo libre y son la muestra exacta de lo que sería “ser feliz”, en palabras de Skinner, “*la felicidad es nuestra meta primera*” (Skinner; 1968, 189). Ante ello, es imposible no cuestionarse el modo en que se logra, la pregunta que inevitablemente nos invade es ¿a costa de qué se puede ser tan feliz?, la respuesta es proporcionada por Frazier (representación de Skinner en la utopía), cuando explica haber llegado a ese punto gracias a la aplicación experimental de una ingeniería de la conducta, sustentada en la teoría del condicionamiento operante.

El control de la conducta se realiza de diversas maneras pero las técnicas más notorias son las que se llevan a cabo respecto de la crianza de los infantes. La familia, en tanto órgano fundamental en la sociedad moderna, pierde fuerza progresivamente, puesto que los niños reciben el amor de toda la comunidad y no solo de sus padres, produciendo el mismo efecto que en la Utopía de Watson, es decir, la inexistencia de lazos afectivos que pudieran producir malos condicionamientos o dependencia. Es por esta razón que los niños son separados al nacer y son trasladados a guarderías preparadas específicamente para la crianza. Al ingresar en este sitio, los niños son llevados a una sala acondicionada con cabinas, provistas de un ventanal, preparadas únicamente con un colchón. Se los educa para tolerar la frustración al presentarles obstáculos regularmente, los cuales deben ser superados. Al crecer, reciben un tratamiento de autocontrol que les permite evitar aquellas emociones que resultan inútiles para el desarrollo de la sociedad como los celos, envidia, etc.

Más allá de la crianza de los más chicos, la educación en general es casi auto didacta; los individuos interesados en aprender cosas específicas pueden dirigirse a la biblioteca donde curiosamente no hay libros “viejos” o de historia, ya que consideran que no aporta nada al nuevo plan social, pudiendo resultar negativa para el mismo.

En Walden Dos se controlan todas las aristas de la vida de los individuos a través del orden de los cuerpos en el espacio. En este sentido, los ciudadanos se ubican en habitaciones pequeñas, separadas unas de otras, en un edificio específico para adultos y otro para niños. Los comedores y salones recreativos albergan a un máximo de 200 personas para evitar las muchedumbres, que son perjudiciales para la sociedad general.

Para lograr un buen funcionamiento de las técnicas empleadas en el condicionamiento de la conducta, se establece un Código de conducta que debe ser respetado por todos los ciudadanos. En el mismo se prohíbe: dar muestras de gratitud; hablar de asuntos de Walden Dos con los forasteros; casarse sin antes haber sido aceptados por el administrador de matrimonios, etc.

Al denotar la vigilancia constante que se practica en esta sociedad ideal, el autocontrol de la conducta que se busca y la distribución de los cuerpos en el espacio, es inevitable recordar la concepción foucaultiana del panóptico.

Cuando Jeremy Bentham diseñó este modelo arquitectónico, cual utopista, soñaba con su generalización a distintos contextos sociales (Castro Orellana, S/F), sueño que se convierte en pesadilla en la distopía *1984* de George Orwell (1985), donde, por medio de la tecnología visual de las tele-pantallas, la mirada normalizadora de la torre central del panóptico, representada por el Gran Hermano, logra la visibilización de todos y cada uno de los espacios sociales, instaurando un orden totalizador de vigilancia y control de los cuerpos. “*La distopía desenmascara la lógica totalitaria del relato utópico, denuncia la violencia que solapadamente se inscribe en el afán de diseñar espacios sociales o arquitectónicos ideales*” (Castro Orellana, S/F, p.87)

En este punto podemos pensar un paralelismo entre: las utopías científicas de Watson y Skinner, y las distopías literarias de Orwell y Huxley, como dos caras de una misma moneda. Las distopías que elegimos para el análisis exponen como catastróficos ciertos hechos que en *Walden Dos* aparecen como beneficiosos para lograr la felicidad humana.

Como antes mencionamos, en la utopía de Skinner los niños son criados en pequeñas incubadoras climatizadas. Si bien el autor consideraba que este modo de criar a los niños era la solución experimental a los conflictos de la época (Skinner; 1968), Huxley no pensaba lo mismo al plantear en su novela, *Un mundo feliz*, un condicionamiento extremo que conlleva la desaparición de sentimientos, lazos afectivos, y a la formación de actores netamente dóciles; marionetas movidas por el sistema y para el sistema. Para lograr estos individuos manipulables e intercambiables, se

plantea la posibilidad de la manipulación genética. Se forman los individuos (por medio de diversas mezclas de fluidos) para que sean altamente productivos en detrimento de la división en castas según sus funciones a desempeñar en la sociedad. Sobre esta intervención se despliega, durante los primeros meses de vida, un condicionamiento de carácter pavloviano para adulterar sus deseos y sus aversiones. Por ejemplo, a la casta Epsilon se los coloca en una cámara especializada junto a un florero y un libro, una vez allí se les administra una descarga eléctrica, produciendo una asociación negativa a la lectura y a la naturaleza.

El deseo de Huxley de llevar al paroxismo la utopía conductista, con el fin de desenmascarar esas inocentes técnicas de control, practicadas por Watson y Skinner de modo un tanto altruista, lo condujo a la invención de la *hipnopedia*. Dicho método consiste en la utilización de altavoces (ubicados en las salas de incubación donde se hallan los niños en sus primeros años de vida), los cuales repiten durante las horas de sueño de los individuos, lemas que resultan formadores de la sociedad. Se puede decir, entonces, que los niños son condicionados, adoctrinados, mientras duermen, gracias a la reiteración de frases como “Me gusta tener vestidos nuevos. Los vestidos viejos son feísimos. Nosotros siempre tiramos los vestidos viejos. Tirarlos es mejor que remendarlos” (Huxley, 1985, p.50). Esta técnica de repetición que tiene como objetivo la fijación de una respuesta a un estímulo, muestra el punto máximo al que puede llegar el control de los cuerpos por medio de las técnicas conductistas.

En la comunidad de Walden Dos el condicionamiento de la conducta no finaliza en la crianza sino que las reglas conductuales que están contenidas en el Código Walden, las cuales deben ser observadas por todos, son modificadas periódicamente conforme se hacen nuevos descubrimientos. La comunidad cuenta con un grupo interno de psicólogos que realiza constantemente investigaciones acerca de la conducta de los miembros, realizando protocolos experimentales con esa población para obtener sus resultados. Por medio de este método experimental de investigación, los psicólogos llegan constantemente a nuevas conclusiones acerca de cuál es la mejor conducta que conviene a todos en la comunidad, resultados que son enviados a los Planificadores - quienes están encargados de “dictaminar las normas, revisar el trabajo de los administradores y vigilar el estado de la comunidad general” (Skinner, 1968, p. 57) - para que se lleve a cabo su aplicación como regla de conducta oficial. Son comunicadas a la población por medio de carteleros y talleres para que, al cabo de un tiempo, toda la comunidad se acostumbre a esta nueva regla de conducta instituida.

Evidentemente, para la implementación de tal procedimiento, es necesario contar con un sujeto dócil, que acepte sin reparos todo aquello que se le impone y que al cabo de un tiempo, de ser necesario, pueda deshacerse de esa conducta y adquirir otra nueva. *1984* nos muestra un paisaje más lúgubre sobre este mismo punto. En la sociedad proyectada por Orwell, los habitantes de Oceanía, gobernados por un SuperEstado totalitario, para evitar ser detenidos por la Policía del Pensamiento deben desarrollar la habilidad de aprender constantemente verdades nuevas que son difundidas por la propaganda del Estado: verdades acerca de la historia, acerca de la guerra, acerca de todo tipo de información que pueda poner en jaque la ortodoxia del Partido. Deben convencerse plenamente de esa afirmación y actuar en consecuencia bajo pena de ser detectados por las telepantallas y ser sometidos a un suplicio en el Ministerio del Amor. Es la habilidad del “*doblepensar*”, que implica poder negar lo que se afirmó hasta ese momento para convencerse de una nueva afirmación como si hubiese sido siempre cierta y verdadera, para luego olvidar todo el procedimiento mismo.

En la utopía de Skinner y en la distopía de Orwell tenemos el mismo contenido, en ambos casos se trata de la necesidad de producir sujetos dóciles, que puedan aprender y desaprender conductas constantemente, según los requerimientos de la planificación estatal, y que puedan a su vez convencerse de que la información vigente siempre fue verdadera, en el caso de *1984*, o que la conducta vigente siempre es más adecuada que la anterior, en *Walden Dos*.

Un dato curioso que bajo una primera impresión podría servir para distinguir radicalmente estas dos ficciones antedichas, es que en *1984* el aprendizaje de las nuevas conductas se produce bajo la amenaza del castigo por parte de la Policía del Pensamiento, método inaceptable en la utopía de Skinner. Frazier explica que para lograr la adquisición de una nueva conducta es mucho más eficiente el uso de reforzadores positivos, ya que

“Podemos establecer una especie de control bajo el cual el controlado, aunque observe un código mucho más escrupulosamente que antes, bajo el antiguo sistema, sin embargo se sienta libre. Los controlados hacen lo que quieren hacer, y no lo que se les obliga a hacer. Ésta es la fuente del inmenso poder del refuerzo positivo. No hay coacción ni rebeldía. Mediante un cuidadoso esquema cultural, lo que controlamos no es la conducta final, sino la inclinación a comportarse de una forma determinada... Los motivos, los deseos, los anhelos” (Skinner, 1968, p.234)

De esta manera, se rechaza el uso de castigos porque con el uso de reforzadores positivos el control es mucho más minucioso y sutil. Con éstos no sólo se obtiene el control social sino que además se invisibilizan los mecanismos de ejercicio del poder: el individuo se sentirá libre porque creerá que elige lo que quiere, cuando en realidad su propia capacidad de desear fue condicionada según un riguroso esquema de ingeniería cultural que no deja lugar para la resistencia o la rebeldía.

Por lo tanto, si el castigo se rechaza es para sustituirlo por una tecnología de poder mucho más eficiente: la psicología, en tanto ciencia de la conducta, como

“un conjunto de artes y destrezas que implica la vinculación de pensamientos, afectos, fuerzas, artefactos y técnicas que no solamente fabrican y manipulan al ser, sino que, fundamentalmente, lo ordenan, lo enmarcan, lo producen, lo hacen pensable como un cierto modo de existencia que debe abordarse de una manera específica” (Rose,1998).

Así, las subjetividades producidas en la utopía de Skinner, no se diferencian de la distopía *1984* sino por ser más útiles y dóciles, sin ofrecer resistencia ni rebeldía a un orden totalizador. En *1984*, Winston, el protagonista que se rebela contra el Partido, es detenido y sometido a un tratamiento de choque para que aprenda a amar a su líder el Gran Hermano; en *Walden Dos*, los sujetos, no pueden querer odiar a su Gran Hermano.

“La ignorancia de la fuerza hace de la libertad una esclavitud”

La ignorancia acerca de los mecanismos de poder que subyacen al gobierno, ocupa un lugar hegemónico en el sostenimiento de una “falsa libertad”. En las tres obras aparecen como ejes vertebrales la libertad y la felicidad de los individuos; en algunas surge de modo ideal y en otras como una crítica al futuro que podría devenir si se emplea una rigurosa ingeniería de la conducta para el “gobierno de las almas”.

Al leer las obras *Walden Dos* y *Un Mundo Feliz*, sale a la luz el objetivo de ambas sociedades: lograr la felicidad real. Mientras que en la primera novela aparece como un ideal alcanzable a través de la utilización de una perfecta ingeniería conductual, en la distopía de Huxley este aspecto se presenta invertido. En ésta, el autor destaca el modo en que los sujetos son obligados a permanecer en una felicidad constante gracias a la ingesta de Soma (droga suministrada por el gobierno). Pero ¿por qué es tan importante mantener a los individuos felices?.

Recapitulando el análisis hasta acá desarrollado, podemos decir que se destaca la anulación de las emociones negativas en el caso de *Walden Dos*, y de todo tipo de emociones y lazos afectivos en *Un Mundo Feliz*. El objetivo de esta abolición total de sentimientos no es inocente, sino que se realiza con un fin implícitamente establecido que consiste en mantener a los individuos homogéneos, intercambiables y sobre todo dóciles. Cuando el sujeto se halla en una completa felicidad, que más bien equivale a un automatismo sin sobresaltos, no siendo testigo presencial de sentimientos que denoten un apego emocional como los celos, la dependencia y la ira, entre otros, difícilmente se dé lugar a la diferencia que interpele al pensamiento único.

Al igual que en la alegoría de la caverna de Platón, los individuos se hallan encantados por las imágenes que se les reflejan en la pared, en este caso por lo que el Partido, los Planificadores o los gobernantes decretan como benefactor del sistema. Creen ciegamente en lo que se les dice, hacen sin cuestionar lo que sus “dictadores” dictaminan en pos de la felicidad global. Del mismo modo que en la explicación platónica, aquel que descubre otra verdad, que sale de la caverna y es enceguecido por la luz del sol, se halla solo en ese nuevo mundo que descubre. Al querer regresar para demostrarle al resto lo que él vivencio, es atrapado nuevamente por los hilos invisibles de esa gran obra que lo re-condicionan, o le dan un tratamiento, para evitar el sublevamiento de un mayor grupo de sujetos.

Los sujetos creen tener el poder de elegir, de ser libres, aunque en realidad estén íntegramente confeccionados para querer específicamente lo que el sistema *quiere* que quieran y, a su vez, para ser intercambiables en caso de enfermedad, muerte o simplemente cuando despiertan de ese ensueño. En palabras de Frazier “nuestros miembros, en la práctica, están siempre haciendo lo que quieren – lo que ellos <eligen> hacer – pero nosotros conseguimos que quieran hacer precisamente lo que es mejor para ellos mismos y para la comunidad. Su conducta está determina y sin embargo son libres” (Skinner; 1968, 236).

Entonces, ¿son libres los individuos? Queda claro que el hombre debe creerse libre para que la maquinaria conductista funcione perfectamente, en palabras de Skinner, o mejor dicho de Frazier, “si el hombre es libre, entonces una tecnología de la conducta es imposible [...] Niego rotundamente que exista la libertad. Debo negarla...pues de lo contrario mi programa sería totalmente absurdo” (Skinner; 1968, 229). Ante esto, los peores pensamientos de Orwell y Huxley se hacen realidad. La utopía *Walden Dos* se convierte rápidamente en su peor pesadilla: una distopía al suprimir radicalmente la libertad del hombre, aspecto esencial de la naturaleza humana, con el fin de lograr una sociedad automatizada, “feliz” y productiva. En síntesis, el costo de esa falsa felicidad, inducida por distintos mecanismos de control, es la pérdida de libertad y la ignorancia acerca de ello.

En busca de un *topos* de la salud

En este escenario de principios de siglo XXI, donde las utopías que signaron los albores de las sociedades en las que hoy vivimos han caído y poco a poco se han convertido en pesadillas; donde los valores como la libertad y la felicidad, dos baluartes de los proyectos utópicos más sobrios de antaño, se han enrarecido en difusas sensaciones ficticias.

¿Cómo pensar el problema de la libertad desde nuestro rol de profesionales de la salud? ¿Cómo pensar la felicidad desde este rol? ¿Cómo intervenir desde una disciplina como la psicología en una sociedad atravesada por complejas relaciones de poder? ¿Cómo pensar una ética profesional?

Skinner sostenía que la ingeniería de la conducta no es un saber exclusivo de la psicología sino que se trata de saberes que hace largo tiempo han estado distribuidos en numerosos sectores de la población. La ingeniería de la conducta es un saber que permite realizar el control del otro, obteniendo las conductas que se desean por medio de técnicas muy específicas. Y Skinner alerta acerca de lo peligroso que resulta este saber, ya que si el Estado no es el que toma el control, lo harán otros: “*El curandero, el demagogo, el vendedor, el político, el fanfarrón, el embustero, el educador, el sacerdote... Todos los que ahora están en poder de los secretos de la ingeniería de la conducta*” (Skinner; 1968, p. 229).

En este sentido, no es nuestro interés defender aquí un ingenuo concepto liberal de libertad individual. La libertad no es un estado “natural” del ser humano que debe defenderse de la coacción propia del control del Estado (Jiménez Jiménez, 2011). El concepto de libertad debe construirse ya que no existe en estado natural, así como nada de lo humano es del orden de lo natural. Skinner, en su utopía, si bien se opone a la noción liberal de libertad, cometió el mismo error, el de pensar que hay una conducta humana natural y pura, libre de los vicios y pasiones desagradables que el sistema capitalista impone, y que puede ser descubierta por medio del método experimental de investigación (Skinner, 1968).

Esta misma fe ciega en el *progreso* de la ciencia no podemos sostenerla. En tanto profesionales de la salud, es nuestro deber ético comprender que el problema de la libertad y de la felicidad humana no se resuelve en el ámbito estricto de la ciencia sino que requiere de una decisión política.

La concepción de salud/enfermedad en el sistema capitalista actual, depende de lo productivos que puedan ser los sujetos. En este sentido, lo enfermo sería aquello que no resulta útil al sistema, que está inerte por fuera del mismo. Sin embargo, en ciertas ocasiones la enfermedad se promueve ya que deviene productiva, en tanto permite la comercialización de fármacos. ¿Es la felicidad sintética, otorgada por el *Soma*, la que queremos? En tanto profesionales de la salud, ¿queremos promover la resignación de la libertad a cambio de una falsa felicidad?

Ya no se trata aquí de encontrar la panacea que nos conduzca a una utopía de la salud. El problema de la salud no puede resolverse en un no-lugar que nunca se alcanza, sino que hay que construir *topos*, lugares concretos y no ideales para la salud, abrir espacios y tiempos reales, con

técnicas, medios, alcances y objetivos definidos desde proyectos políticos particulares, alternativos al pensamiento único.

Tras haber realizado este recorrido a través de la utopía conductista y sus connotaciones distópicas, entendemos, como futuros profesionales de salud mental que la psicología, en tanto tecnología de la conducta no es una herramienta nefasta por sí misma, puesto que dependiendo de los medios y fines para los que sea utilizada, puede abrir o cerrar posibilidades.

Bibliografía

- Alonso, N. M., Blum, A., Cerda, K., Cid, J., Oelker, D., Sánchez, M., Triviños G. y Villavicencio, M., 2005, “Donde nadie ha estado todavía: Utopía, retórica, esperanza”, en *Atenea (Concepción)*, N°491, ISSN 0718-0462, p. 29-56, descargado de http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-04622005000100004&script=sci_arttext
- Ardilla, R., 2004, “La utopía psicológica: Walden, Walden Dos, Walden Tres”, en *Suma Psicológica*, Vol. 11., N° 2, Septiembre de 2004, 145-160, ISSN 0121-4381, Universidad Nacional de Colombia.
- Cabrera García, E., S/F, “Distopía y realismo político” en Sobrino Ordóñez (Compilador), M. A., *1er Coloquio. Modernidad, Educación y Utopía. A 500 años de la Utopía de Tomás Moro*, Instituto Superior de Ciencias de las Educación del Estado de México, ISBN: 978-607-9055-08-0.
- Camacho, J., 2002. *Apología al conductismo*. S/L. <http://www.fundacionforo.com/pdfs/archivo17.pdf>
- Castro Orellana, R., 2009, “El ocaso de la ciudad utópica”, en *Hybris*, Vol. 1, N° 1, descargado de <http://revistas.cenaltes.cl/index.php/hybris/article/view/5/5>
- Danziger, K., *La historia de la introspección revisada*, Dpto. de Publicaciones, Facultad de Psicología, UBA, 1991. En: www.elseminario.com.ar
- Danziger, K., *Los orígenes sociales de la psicología moderna*, Dpto. de Publicaciones, Facultad de Psicología, UBA, 1994. En: www.elseminario.com.ar
- De Llorens, 1985, “Prólogo”, en Huxley, A., *Un mundo feliz*, Mexico. Editores mexicanos unidos.
- Foucault, M., “Clase del 17 de Marzo de 1976”, en *Defender la sociedad*. Curso 1975-1976, Buenos Aires, FCE, 2000.
- Franco, P. 2008. *Utopías animadas de ayer y hoy*. PubliFadecs. General Roca
- González García, M., 2009. “El sueño de la razón: la utopía conductista”. *Athenea Digital* N° 15 P 181-192. Universidad Autónoma de Barcelona. España. ISBN: 1578-8946. Descargado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53712929011&idp=1&cid=183483>
- Huxley, A. 1985. *Un mundo feliz*. Editores Mexicanos Unidos. México.
- Huxley, A., 1998, *Nueva visita a un mundo feliz*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Jiménez Jiménez, L., 2011. *La educación en un mundo de marionetas: educación y control social en la utopía de Skinner*. B. Téc. Senac: a R. Educ. Prof., Rio de Janeiro, v. 37, n° 2, Mayo - Agosto. Descargada en www.senac.br/BTS/372/artigo1

- Leahey, Thomas: *Historia de la psicología*, Madrid, Prentice Hall, 1998, 4ta edición. Cap.12: “La Psicología despegada. Psicología aplicada y sociedad (1896-1950)”.
- López Keller, 1991, “Distopía: otro final para la utopía”, en *Reis*, 55/91, p. 7-23, descargado de <http://www.jstor.org/discover/10.2307/40183538?uid=3737512&uid=2134&uid=2473572233&uid=2&uid=70&uid=3&uid=2473572223&uid=60&sid=21102571791423>
- Núñez Ladevece, L., 1985, “De la utopía clásica a la distopía actual”, en *Revista de Estudios Políticos (Nueva Epoca)*, N° 44, Marzo Abril 1985, p. 47-80.
- Orwell, G. 1994 .1984. RBA Editores. Barcelona
- Rose, Nikolas: “Introducción”, en *Governing the soul*, London and New York, Routledge, 1990. En: www.elseminario.com.ar
- Rose, Nikolas: “Una historia crítica de la psicología”, en *Inventing our selves*, Cambridge University Press, 1998. En: www.elseminario.com.ar
- Skinner, B. 1968. *Walden Dos*. Editorial Fontanella. España. ISBN: 84-7634-284-5
- Skinner, B. 1987. *Mas allá de la libertad y la dignidad*. Salvat Editores. Barcelona.
- Thoreau, H., *Walden*, S/F, descargado de la página web: <http://hesiquia.files.wordpress.com/2009/12/henry-thoreau-walden.pdf>
- Watson, J., 2009. “¿Debería un niño tener más de una madre?” en *Athenea Digital*. Universidad Autónoma de Barcelona. España. ISBN: 1578-8946. Descargado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53712929012>
- Watson, J.B., S/F, *¿Qué es el conductismo?*, en http://scholar.google.com.ar/scholar?hl=es&q=watson+j.b.&btnG=Buscar&lr=lang_es&as_ylo=&as_vis=0
-